

Rey con sus procedimientos embusteros y traidores no podía tener un amigo liberal ni dentro ni fuera de la Cámara. Con Dumouriez procedió de la manera más vil que puede imaginarse. Pues pocos ejemplos de tanta doblez y falsedad nos ofrece la Historia. Un falso con apariencias de cándido supo engañar á otro cándido con cualidades múltiples de astuto. Bajo buena estrella nacido Dumouriez; nada escrupuloso; industriado en las urdimbres diplomáticas y tendiendo redes á cuanto podía cazar ó pescar en la carrera de su vida; muy aventurero, y con las picardías consiguientes á las aventuras; sin miedo en el corazón pero sin fe ni conciencia en el alma; estratégico de primer orden y creyendo aplicable al combate de la vida diaria los procedimientos de la tortuosa estrategia del combate guerrero; capaz de prestar todos los juramentos imaginables y muy capaz también de no cumplir ninguno; individuo de todos los partidos, si de algo servían á prosperarle y creyente de todas las religiones, si en alguna encontraba númenes favorables á su fortuna, ya fuesen infernales, ya celestes; gárrulo y vanidoso, pero calladísimo y reservado por conveniencia; héroe, verdadero héroe, cuyos vicios no empecan á sus glorias, se dejó coger cegado por su vanidad, y fué instrumento de una venganza del Monarca, después de soñar con hacer al Monarca instrumento de su propio poder y de sus personales venganzas. Quien tenía en sus ascendientes y antecesores diez y nueve siglos de poder le creyó bien pagado con darle tres días de gobierno. Los historiadores más amigos del Rey no disimulan su infamia y no pueden ocultar que la palabra real, tomada como un juramento siempre, se tornaba una real mentira. «El Rey no puede mentir, porque es imagen de Dios», decía nuestro romancero, y Luis XVI mintió como si fuese imagen del diablo. Presentóse á la cámara regia Dumouriez, después que arrostrara la gritería de los diputados, viera los puños del pueblo y gustara las venenosas calumnias de los girondinos pidiendo al Rey la sanción de los decretos, el relativo al campamento de los federados y el relativo á la expulsión de los clérigos. Encogióse de hombros el Monarca y habló como si el ochenta y nueve no hubiera sucedido en los tiempos, ni él prestado jamás á la Constitución juramento. Llevaba una ceguera en su espíritu por tal manera honda, que no sólo rehusaba la sanción á los decretos, exigía de Dumouriez firmase con su apellido y diese su responsabilidad al infame veto suyo, el cual produjo primero su destronamiento y luego su decapitación. Dumouriez nunca llegó á explicarse cómo el Rey no experimentaba en su cabeza el vacío de una corona perdida y en su cuello el frío de una cuchilla, mientras tales cosas decía. Pidió por ende las dos sanciones y le respondieron sendas negativas. Ya no le quedaba nada por intentar al engañado, quien se veía tan malherido que ni siquiera lea dado del engaño quejarse. Corría la noche del diez y ocho de Junio. Dumouriez entraba por última vez en el palacio y por última vez departía con el Monarca. Muy aturdido éste á los martillazos que la sangre le daba en las sienes y á los martillazos que los remordimientos le daban en la conciencia no supo cuál palabra dirigirle. Tras un larguísimo rato, en que

Dumouriez no hablaba, retenido por el respeto á la etiqueta realista, el Rey le preguntó si era verdad que se partía para la guerra. Me parto, decía Dumouriez, en busca de la muerte. Y trémulo, como un azogado, perdidos los ojos en lo alto con una expresión de dolor intenso, é hincando la rodilla en tierra, cogió entre sus dos manos febriles las del Monarca y las besó de un modo tan extraño que parecía el último beso dado á un sér querido en el borde terrible de la inmensa sepultura.

No podríamos comprender el movimiento de los hechos en la sociedad sin enterarnos del movimiento de los ideales en el espíritu. A medida que más estudio la Historia, el campo de lo experimental y de lo positivo, menos distancia me separa de mis viejas teorías idealistas, vacilantes algunas veces al soplo de un espíritu nuevo. Sólo por una irradiación del pensamiento, análoga con la irradiación del éther puede concebirse fenómeno tan extraño como que la idea surgida de la mente de un grande pensador, aislado y solitario en Alemania, como Rant, correspondiese con el hecho sucedido en París, y á la transformación ideal de una mente altísima correspondiese la transformación real de una Sociedad en delirio. Mas, que así pasa en la vida, no puede negarlo de manera ninguna la mente, hallando como halla pruebas incontestables de todo ello en la Historia. Cada sistema de hechos va precedido por otro sistema de pensamientos. La proclamación de los derechos individuales tiene mucho que ver con el entimema de Descartes. Y sin embargo estuvo este principio dos años oculto bajo la cátedra como la vela evangélica bajo el almud. Cuando comenzó la filosofía sensualista del siglo décimo-octavo la sociedad se ordenaba por principios á tal filosofía opuestos en todo; la Iglesia por el aristotelismo de la Escolástica, el Estado por la teoría imperial del Código de las Partidas. Y, en apariencia, reclamaba muy poco esta filosofía sensualista, pues, no es el humano derecho, no la libertad para todos, no la igualdad política y civil, reclamaba la facultad individual de creer ó no creer en el dogma, ó mejor dicho, la facultad interior de combatirlo. Parecióle á los Reyes filósofos tan justa la demanda y tan hacedera la satisfacción que, no solamente acordaron la pérdida libertad, fueron hasta la protección de los filósofos más atrevidos y audaces. Lejos de mandarlos á su inquisición, los mandaban á su mesa. No debe, pues, maravillarnos que pensadores tan profundos como Turgot y tan emanados de la humanidad quisieran coger ese instrumento, el despotismo ilustrado, para demoler los privilegios feudales y servir al bien y prosperidad de los pueblos. Pero la teoría del despotismo ilustrado como la teoría política del militante sensualismo no llegaron á entender jamás el principio de los principios modernos: el valor igual de las personas en el derecho. Y todo el movimiento humano tendía de suyo al individualismo democrático. Así aquellos que soñaban á lo Brissot con el ideal americano, como aquellos que soñaban á lo Montesquieu con el ideal británico, podían dudar sobre si cuadraba más cantidad de históricas experiencias ó más cantidad de purísima razón al nuevo régimen que preparaban ó traían á Francia; pero ninguno podía

dudar de que lo necesario era desatar de todas sus ligaduras y desvestir de todos sus sepulcrales sudarios al individuo para que pudiera gozar en la sociedad los mismos derechos que traía en el alma. No podemos establecer la correlación existente de suyo entre la teoría del método de Descartes derivando toda certidumbre de lo interior del pensamiento y la teoría económica de Adán Smith manteniendo la libertad mercantil; pero no puede dudar quien estudie las consonancias entre los hechos y los pensamientos de cómo se armonizan dos esferas tan apartadas, y cómo, si la libertad científica trae tarde ó temprano la libertad religiosa y la libertad política; la libertad política, entrando en otros aspectos del espíritu y en otros senos del mundo, trae tarde ó temprano aparejada consigo la libertad económica. Y hago todas estas reflexiones sobre la correlación de un metafísico del siglo décimo-séptimo y un economista del décimo-octavo, porque habiendo subido á lo más alto de la revolución francesa, necesitamos abrir un paréntesis, y volver los ojos á las fases metafísicas y religiosas del espíritu de nuestra edad, sin las cuales fases aparecerían los períodos de la revolución francesa cual un verdadero montón de indescifrables enigmas. Penetremos, pues, antes de penetrar en los nuevos períodos de la revolución, penetremos en el santuario cerrado y misterioso, donde tejen las ideas-madres aquellos hilos de la vida, por los cuales se va formando el tejido y la urdimbre de nuestra sociedad en la décima-nona centuria. Viendo el movimiento religioso y metafísico de Alemania, que tanto combustible aportó al espíritu moderno y á la causa del progreso, veremos también después con mayor claridad las fases del espíritu revolucionario y los hechos capitales de la revolución, que determinan toda la historia del siglo.



## CAPÍTULO OCTAVO

### La filosofía de la libertad

Como el espíritu revolucionario estaba en Francia, el espíritu filosófico estaba en Alemania. El representante verdadero de la revolución filosófica de Alemania es en el sentir universal Kant, fundador de la escuela crítica. Desmintiera el siglo décimo-octavo su espíritu progresivo, faltara por completo á su destino, si á la par que destruía los institutos ó instituciones históricas en la sociedad, no destruyese los dogmas tradicionales en la conciencia. Toda sociedad, que se renueva, debe renovar por precisión el espíritu, y con el espíritu las ideas, en que el alma de las generaciones se alimenta, y el organismo de los poderes se forma. El siglo décimo-octavo no podía promulgar el derecho natural sin conocer la naturaleza humana. Y no podía conocer la naturaleza humana sin profundizar un problema humano por excelencia, el relativo al conocimiento. Para profundizar este problema nada más necesario que trazar los límites de nuestra inteligencia; decir hasta dónde puede llegar con sus pruebas y con sus racionios. Y para profundizar este problema, el nudo de la dificultad se halla en las relaciones entre el objeto y el sujeto. Renunciemos á conocer las cosas en sí, exclamó Kant. Distingamos en todo conocimiento aquello que suministra la experiencia de aquello que pone nuestro propio sér. Ningún fenómeno externo sucede para nosotros sino sucede en el tiempo y en el espacio. Pero el tiempo, que puede agrandarse hasta la eternidad y disminuirse hasta instantes inapreciables é imperceptibles, el tiempo no ha entrado en nuestra mente, lo mismo que el espacio, por los sentidos. El tiempo y el espacio son